

TRADUCCIÓN

(de cortesía)

Abril de 2002

A LAS AUTORIDADES RELIGIOSAS DEL MUNDO

El legado perdurable del siglo XX ha consistido en que forzó a los pueblos del mundo a verse como miembros de una sola raza humana, y al mundo como la patria común de esa misma raza. Pese a la violencia y conflictos que aún ensombrecen el horizonte, aquellos prejuicios, que parecían consustanciales a la naturaleza de la especie humana, hacen quiebra por todas partes. Con su precipitación van cayendo las barreras que por largo tiempo dividieron a la familia del hombre convirtiéndola en una Babel de identidades incoherentes de origen cultural, étnico o nacional. El que un cambio tan fundamental haya ocurrido en tan breve período—casi de la noche a la mañana en la perspectiva del tiempo histórico—sugiere la magnitud de las posibilidades futuras.

Resulta trágico que la religión organizada, cuya razón misma de ser implica el servicio a la causa de la hermandad y de la paz, se comporte con harta frecuencia como uno de los obstáculos más formidables interpuestos en su camino; como trágico es, por citar un hecho particularmente penoso, el que a menudo haya prestado credibilidad al fanatismo. En nuestra calidad de consejo de gobierno de una de las religiones mundiales sentimos la responsabilidad de instar a que ponderen con la debida gravedad el desafío que todo ello plantea a las autoridades religiosas. Tanto el tema como las circunstancias que suscita requieren que hablemos con franqueza. Confiamos en que el hecho de servir todos a la Divinidad garantice que lo que digamos sea recibido con el mismo espíritu de buena voluntad con que se ofrece.

El tema adquiere un perfil más acentuado al compararlo con lo ya conseguido en otros ámbitos. En el pasado, con algunas excepciones aisladas, a la mujer se le ha tenido por una raza inferior sobre cuya naturaleza real sólo corrían supersticiones, se le ha negado la oportunidad de expresar las potencialidades del espíritu humano y se le ha relegado al papel de servir a las necesidades del varón. Bien es verdad que son numerosas las sociedades donde tales condiciones persisten y donde se porfía fanáticamente en sostenerlas. Sin embargo, en el plano del discurso global, el concepto de igualdad de género ha adquirido a todos los efectos prácticos la fuerza de un principio universalmente aceptado y, como tal, disfruta de una similar autoridad en la mayor parte de la comunidad académica y de los medios de información. Tan fundamental ha sido la revisión que los exponentes de la supremacía masculina se ven obligados a buscar sus apoyos fuera de los límites de la opinión responsable.

Los atribulados batallones del nacionalismo se enfrentan a un destino similar. Con cada crisis que sacude a los asuntos mundiales, se hace más fácil para la ciudadanía distinguir entre el amor al propio país—enriquecedor de la persona—, y la claudicación ante la retórica incendiaria cuyo fin es suscitar odios y miedos hacia el prójimo. Incluso cuando resulta indicado participar en los ya familiares ritos nacionalistas, la respuesta del público oscila entre dos sentimientos enfrentados: unas veces de incomodidad y otras de reafirmación y predisposición al entusiasmo tan típicas de los viejos tiempos. El efecto se ha visto reforzado por la reestructuración continua del orden internacional. Sean cuales sean las deficiencias del sistema de las Naciones Unidas en su actual forma, y por mucho que su capacidad tropiece con dificultades para emprender actuaciones militares colectivas contra la agresión, nadie puede dudar el hecho de que el fetiche de la soberanía nacional absoluta se encuentra en vías de extinción.

Los prejuicios raciales y étnicos se han visto sometidos igualmente a un tratamiento sumario en virtud de procesos históricos que poco o nada quieren saber de estas pretensiones. En este terreno, el rechazo del pasado ha sido especialmente decisivo. El racismo carga hoy día con el lastre añadido de sus vínculos con los horrores del siglo XX al punto de que ha empezado a verse en términos de lacra espiritual. Si bien, en tanto actitud social, sobrevive en numerosas partes del mundo—y como plaga en la vida de un sector importante de la humanidad—, el prejuicio racial ha llegado a ser objeto de una condena tan universal en principio que ningún grupo se permite identificarse con él impunemente.

No es que se le haya dado la espalda a un turbio pasado y que un mundo risueño ocupe súbitamente su lugar. Grandes sectores de la población continúan soportando los efectos de arraigados prejuicios de etnia, género, nación, casta y clase. Todas las evidencias señalan que semejantes injusticias perdurarán durante el largo período de lenta progresión en el que las instituciones y criterios que la humanidad está gestando han de ir cobrando el cuerpo y la fuerza necesarios para construir un nuevo orden de relaciones y aportar alivio a los oprimidos. La cuestión es que hemos cruzado un umbral al que ya no cabe ninguna posibilidad creíble de retorno. Se ha identificado, articulado y difundido ampliamente toda una serie de principios fundamentales que de modo progresivo están cobrando cuerpo en instituciones capaces de imponerlos en la conducta ciudadana. No hay duda de que el efecto, por muy prolongado y doloroso que sea el esfuerzo, será el de revolucionar las relaciones entre todos los pueblos en las bases mismas de la sociedad.

*

Al abrirse el siglo XX, era el prejuicio religioso el que se perfilaba con más probabilidades de sucumbir ante el empuje de los cambios. En el Occidente, los avances científicos habían asestado un rudo golpe a algunos de los pilares centrales del exclusivismo sectario. En el contexto de la transformación de la imagen que la raza humana tenía de sí misma, el movimiento interreligioso constituía quizá el avance religioso más prometedor. En 1893, la Exposición Mundial Colombina sorprendió incluso a sus ambiciosos organizadores al alumbrar el afamado «Parlamento de las

Religiones», exponente de un consenso espiritual y moral tal que subyugó la imaginación popular de todos los continentes y aun llegó a eclipsar las maravillas científicas, tecnológicas y comerciales que celebraba la Exposición.

En fin, parecía como si se hubiesen desmoronado antiguas murallas. Para los pensadores influyentes en el campo de la religión, aquella reunión destacó como un hecho «sin precedentes en la historia del mundo». El Parlamento, según afirmó su principal y distinguido organizador, «había emancipado al mundo del fanatismo». Un liderazgo imaginativo—tal era la confiada predicción—aprovecharía la ocasión para despertar en las comunidades religiosas de la tierra, por tanto tiempo divididas, un espíritu de hermandad que sentaría las bases morales requeridas para el nuevo mundo de prosperidad y progreso. Con estos ánimos, empezaron a arraigar y florecer los movimientos interreligiosos de toda suerte. Una gran bibliografía, disponible en numerosos idiomas, presentó ante un público cada vez más amplio, compuesto tanto por creyentes como no creyentes, las enseñanzas de todas las religiones principales, iniciativa a la que a su debido tiempo se incorporaron la radio, la televisión, el cine y finalmente el Internet. Las instituciones de estudios superiores organizaron programas de licenciatura sobre religiones comparadas. Al concluir el siglo, los oficios ecuménicos, impensables tan sólo unas pocas décadas atrás, se convertían en fenómenos comunes.

Por desgracia, es claro que a estas iniciativas les falta coherencia intelectual y compromiso espiritual. La idea de que todas las grandes religiones del mundo son igualmente válidas en su naturaleza y origen se ve frenada por pautas inveteradas de pensamiento sectario, en contraste con los procesos de unificación que están transformando el resto de las relaciones sociales de la humanidad. El progreso de la integración racial es un fenómeno que no se reduce a una mera expresión de sentimentalismo o de cálculo estratégico, sino que brota del reconocimiento de que los pueblos de la tierra constituyen una sola especie cuyas diversas variaciones no confieren por sí mismas ventaja alguna, ni imponen ninguna traba, a los miembros particulares de esa raza. De modo análogo, la emancipación de la mujer ha conseguido que tanto las instituciones sociales como la opinión pública reconozcan que no hay base válida—biológica, social o moral—que justifique el que a la mujer se le deniegue la igualdad plena con el hombre, y a las niñas idénticas oportunidades educativas a las disfrutadas por los niños. De igual forma, reconocer las aportaciones que algunas naciones realizan a la construcción imparabable de una civilización global no avala la ilusión heredada de que otras naciones poco o nada tengan que aportar al esfuerzo.

En contraste, las autoridades religiosas parecen, en su mayor parte, incapaces de acometer tan fundamental reorientación. Otros elementos de la sociedad han hecho suyas las implicaciones de la unidad de la humanidad, no sólo como el próximo e inevitable paso en el avance de la civilización, sino como cumplimiento de las identidades menores de toda suerte que nuestra raza aporta en esta coyuntura crítica de nuestra historia colectiva. No obstante, la mayor parte de la religión establecida se encuentra paralizada ante el umbral del futuro, oprimida por los mismos dogmas y pretensiones de acceso

privilegiado a la verdad responsables de haber creado algunos de los conflictos más amargos que dividen a los habitantes de la tierra.

Las consecuencias, por lo que atañe al bienestar de la humanidad, han sido ruinosas. Huelga citar en detalle los horrores que asedian hoy día a poblaciones indefensas como consecuencia de unos brotes de fanatismo que mancillan el nombre de la religión. Tampoco se trata de un fenómeno reciente. Por mencionar sólo uno de los numerosos ejemplos, las guerras europeas de religión del siglo XVI segaron la vida aproximadamente de un treinta por ciento de su población. Aturde pensar siquiera en cuáles deben de haber sido los frutos producidos por las semillas que implantaron en la conciencia popular las tenebrosas fuerzas del dogmatismo sectario que inspiró tales conflictos.

A este balance de la historia hay que agregar la traición de la vida intelectual que, más que ningún otro factor, le ha hurtado a la religión la capacidad que posee inherentemente de desempeñar un papel decisivo en la configuración de los asuntos mundiales. Abstraídas por prioridades que dispersan y vician las energías humanas, muy a menudo las instituciones religiosas han sido los principales responsables de desanimar la exploración de la realidad y el ejercicio de las facultades intelectuales que distinguen al género humano. Las denuncias del materialismo o del terrorismo no son de ayuda real para afrontar la crisis moral contemporánea a menos que comiencen por indagar con franqueza la falta de responsabilidad que ha dejado a las masas creyentes expuestas y vulnerables a estas influencias.

Estas reflexiones, por más que dolorosas, no son tanto una acusación contra la religión organizada como un recordatorio del poder singular que representa. La religión, como todos somos conscientes, conecta con las raíces de la motivación de la persona. Cuando la religión ha sido fiel al espíritu y al ejemplo de las Figuras trascendentales que dieron al mundo los grandes sistemas de creencias, ha despertado en pueblos enteros las capacidades de amar, de perdonar y de crear al tiempo que los ha impulsado a mostrar arrojo, a superar los prejuicios, a sacrificarse por el bien común y a disciplinar los impulsos del instinto animal. Es incuestionable que la fuerza seminal en la civilización del ser humano la ha aportado la sucesión de estas Manifestaciones de lo Divino y que esta fuerza se remonta al alba de la historia.

Esta misma fuerza, que con tal efecto operaba en las épocas del pasado, sigue siendo un rasgo inextinguible de la conciencia humana. Contra todo pronóstico, y con escasos incentivos reales, sigue dando sostén a la lucha por la supervivencia de millones y millones de personas, y haciendo que en todos los países surjan héroes y santos cuyas vidas son la vindicación más persuasiva de los principios contenidos en las escrituras de sus respectivos credos. Tal como demuestra el curso de la civilización, la religión es capaz también de influir profundamente en la estructura de las relaciones sociales. En efecto, sería difícil pensar en ningún avance fundamental de la civilización que no haya derivado su empuje moral de esta fuente perenne. Por tanto, ¿es acaso concebible que el paso a la etapa culminante del largo proceso milenario en la organización del planeta

pueda efectuarse en medio de un vacío espiritual? Si algo demostraron concluyentemente las perversas ideologías desatadas en nuestro mundo durante el siglo que acaba de terminar, es que esa necesidad no puede satisfacerse mediante alternativas fruto de la invención humana.

*

Las implicaciones de todo ello para nuestro presente quedan resumidas por Bahá'u'lláh en palabras escritas hace más de un siglo y ampliamente diseminadas en los decenios ulteriores:

Es indudable que los pueblos del mundo, de cualesquiera raza o religión, derivan su inspiración de una sola Fuente celestial y son los súbditos de un solo Dios. La diferencia entre las ordenanzas bajo las que viven debe ser atribuida a los requisitos y exigencias variables de la época en que fueron reveladas. Todas ellas, excepto algunas que son producto de la perversidad humana, fueron ordenadas por Dios y son el reflejo de Su Voluntad y Propósito. Levantaos y, armados con el poder de la fe, despedazad los dioses de vuestras vanas imaginaciones, los sembradores de disensión entre vosotros. Aferraos a aquello que os acerque y os una.

Tal llamamiento no exige el abandono de la fe por lo que respecta a las verdades fundamentales de ninguno de los grandes sistemas de creencias mundiales. Muy al contrario. La fe posee su propio imperativo y es su propia justificación. Lo que otros crean—o no crean—no puede arrogarse autoridad sobre ninguna conciencia que valga. Aquello a lo que las palabras arriba mencionadas urgen inequívocamente es a la renuncia de todos los títulos de exclusividad o de carácter final, los cuales, precisamente por estar anclados en la vida del espíritu, se han erigido en los máximos inductores de odios y violencias y en los sofocadores de esos impulsos que claman por la unidad.

Es a este desafío histórico al que han de responder, según creemos, las autoridades religiosas si es que la propia autoridad religiosa ha de desempeñar un papel significativo en la sociedad global que surge de las experiencias transformadoras del siglo XX. Es obvio que un número creciente de personas empieza a comprender que la verdad que subyace a todas las religiones es en esencia una sola. Este reconocimiento surge no mediante la resolución de disputas teológicas, sino como una conciencia intuitiva que brota del trato cada vez más intenso con los demás y de atisbos de la aceptación de la unicidad de la propia familia humana. En medio de la vorágine de doctrinas religiosas, ritos y códigos religiosos, herencia de mundos periclitados, crece ese concepto de que la vida espiritual, al igual que la unidad manifiesta en la diversidad de razas, nacionalidades y culturas, constituye una sola realidad sin límites e igualmente accesible a todos. A fin de que esta percepción, difusa y aún provisional, pueda afianzarse y contribuir de modo eficaz a crear un mundo pacífico, debe obtener el completo asentimiento de todos aquellos a quienes, incluso en esta hora ya tardía, se remiten las masas de esta tierra en su búsqueda de orientación.

Ciertamente son amplias las diferencias que separan a las principales tradiciones religiosas del mundo en cuanto a disposiciones sociales y formas de culto. Dados los miles de años transcurridos, durante los cuales las revelaciones sucesivas de la Divinidad han respondido a las necesidades cambiantes de una civilización en continua evolución, difícilmente podría haber sido otro el resultado. En efecto, un rasgo inherente de las escrituras de la mayoría de los credos principales vendría a ser la expresión, de una u otra forma, del carácter evolutivo de la religión. Lo que no puede justificarse moralmente es la manipulación de patrimonios culturales, patrimonios que aunque estaban destinados a enriquecer la experiencia religiosa, se convierten así en fuente de prejuicios y alienación. La tarea primordial del alma humana será siempre la de investigar la realidad, vivir de acuerdo con las verdades de las que llegue a estar convencida y respetar al máximo los esfuerzos ajenos por hacer otro tanto.

Quizá se objete que, si todas las grandes religiones han de reconocerse como surgidas de una misma fuente Divina, el efecto sería el de animar, o al menos facilitar, la conversión de las gentes desde una religión a otra. Que sea o no así tiene importancia puramente tangencial si se compara con la oportunidad que la historia abre por fin a las personas, conscientes de un mundo que trasciende a este mundo terrestre, y si se contrasta con la responsabilidad que esta conciencia impone. Cada uno de los grandes credos puede aducir testimonios creíbles e impresionantes de su eficacia como reforzadores del carácter moral. De modo similar, nadie podría argumentar de modo convincente que las doctrinas vinculadas a un sistema particular de creencias hayan sido más o menos prolíficas en generar fanatismo y superstición que las vinculadas a cualquier otra. En un mundo en vías de integración, es natural que las pautas de respuesta y relación se sometan a un proceso continuo de cambios y que el papel de las instituciones, sea cual sea su índole, es a buen seguro el considerar cómo estos acontecimientos pueden conducirse de un modo que promueva la unidad. La garantía de que el resultado será en última instancia sano —espiritual, moral y socialmente— reside en la inquebrantable fe de esas masas habitantes de la tierra, a las que nadie consulta, una fe según la cual el universo no se gobierna por el capricho humano, sino mediante una Providencia amorosa e indefectible.

Al mismo tiempo que va produciéndose el derrumbe de las barreras que separan a los pueblos, nuestra época atestigua la quiebra del muro otrora insuperable que la tradición daba por sentado que separaría para siempre la vida del Cielo y la vida de la Tierra. Las escrituras de todas las religiones le han enseñado siempre al creyente a considerar el servicio al prójimo no sólo como un deber moral, sino como una vía para el acercamiento de su alma hacia Dios. Hoy día, la reestructuración progresiva de la sociedad aporta a esta enseñanza ya conocida un significado con nuevas dimensiones. Conforme la antigua promesa de un mundo animado por principios de justicia cobra lentamente visos de meta realista, satisfacer las necesidades del alma y las de la sociedad se verá cada vez más como facetas recíprocas propias de una vida espiritual madura.

Para que las autoridades religiosas estén a la altura del reto que esta última noción representa, la respuesta debe comenzar por admitir que la religión y la ciencia son dos sistemas indispensables de conocimiento mediante los cuales se desarrollan las capacidades de la conciencia. Lejos de estar en conflicto mutuo, estas modalidades fundamentales con que la mente explora la realidad son interdependientes y se han demostrado más fértiles en aquellos contados pero felices períodos de la historia en que su naturaleza complementaria fue reconocida y pudieron colaborar. Para garantizar una aplicación idónea, las percepciones y destrezas generadas por los avances científicos deberán siempre remitirse a las orientaciones surgidas del compromiso espiritual y moral; las convicciones religiosas, no importa cuán veneradas sean, deben someterse, de buen grado y con agradecimiento, a las pruebas imparciales de los métodos científicos.

Llegamos por último a un tema que abordamos no sin cierta inquietud puesto que toca más directamente a la conciencia. Entre las numerosas tentaciones que ofrece el mundo, no es de sorprender que figure una que ha preocupado de forma singular a los dirigentes religiosos: el ejercicio del poder en asuntos de creencia. Nadie que haya dedicado tiempo a meditar y estudiar seriamente las escrituras de una u otra de las grandes religiones necesita recordatorios del axioma consabido de que el poder corrompe, tanto más cuanto mayor sea. Las incomparables victorias internas que en este sentido han ganado innumerables clérigos a lo largo de todas las épocas constituyen, innegablemente, una de las fuentes principales que alientan el vigor creativo de la religión organizada, y que ha de anotarse como una de sus máximas distinciones. En el mismo grado, el hecho de que otros dirigentes religiosos se sometiesen al señuelo del poder y provecho mundanos se ha demostrado un fértil caldo de cultivo del cinismo, la corrupción y la desesperación de cuantos lo observan. Reconocido esto, sobra explicar qué grado de responsabilidad social tienen las autoridades religiosas en este momento de la historia.

*

Puesto que su preocupación atañe al ennoblecimiento del carácter y la armonización de las relaciones, la religión ha ejercido a lo largo de la historia la función de servir como autoridad última en dotar de sentido a la vida. En toda época, ha cultivado el bien, ha reprobado el mal, proyectando, ante la mirada de quienquiera que deseara verlo, un horizonte de potencialidades todavía sin cumplir. Del fondo de sus consejos, el alma racional ha extraído los bríos necesarios para realizarse y para superar los límites que le imponía el mundo. Tal como su nombre implica, la religión ha sido simultáneamente la principal fuerza unificadora de diversos pueblos a los que integraba en sociedades cada vez más amplias y complejas, y en las que las capacidades personales podían llegar a florecer y expresarse. La gran ventaja de la época actual radica en la perspectiva que permite que todo el género humano vea este proceso civilizador como un fenómeno único e integral: los encuentros recurrentes de nuestro mundo con el mundo de Dios.

Inspirada por esta perspectiva, la comunidad bahá'í ha sido una promotora vigorosa de las actividades interreligiosas desde sus comienzos. Aparte de los entrañables vínculos que estas actividades crean, los bahá'ís ven en el esfuerzo de acercamiento entre las diversas religiones una respuesta a la Voluntad Divina para con un género humano que entra ahora en su madurez colectiva. Los miembros de nuestra comunidad continuarán ofreciendo su colaboración por todas las vías a su alcance. Sin embargo, es deber para con nuestros colaboradores en este esfuerzo común afirmar claramente la convicción que abrigamos de que el discurso interreligioso, si queremos que contribuya significativamente a sanar las heridas que afligen a una humanidad desesperada, debe con sinceridad y sin más evasivas abordar las implicaciones de la verdad fundamentalísima que suscitó todo este movimiento interreligioso: que Dios es uno solo y que, más allá de la diversidad de la expresión cultural y de la interpretación humana, la religión es asimismo una sola.

No pasa un solo día sin que aumente el peligro de que las hogueras del prejuicio religioso prendan una conflagración mundial de consecuencias inimaginables. Las autoridades civiles no pueden, por sí solas, conjurar semejante riesgo. Tampoco deberíamos engañarnos creyendo que los llamamientos a la tolerancia mutua puedan extinguir por sí solos animosidades que se arrojan el refrendo Divino. La crisis exige de los dirigentes religiosos una ruptura con el pasado tan resuelta como las que permitieron que la sociedad se zafase de los prejuicios igualmente corrosivos de raza, género y nación. Toda justificación para ejercer influencia en asuntos de conciencia yace en el servicio al bien de la humanidad. En este momento, el más decisivo en la historia de la civilización, las exigencias de tal servicio no pueden ser más claras. «El bienestar de la humanidad, su paz y seguridad, serán inalcanzables—así reza el encarecimiento de Bahá'u'lláh—hasta que su unidad esté firmemente establecida».

LA CASA UNIVERSAL DE JUSTICIA